

Entre persecuciones y crímenes, los códigos de ética

[Between persecution and crime, codes of ethics]

Pedro E. Vargas

Centro Médico Paitilla, Panamá, Rep. de Panamá.

Correspondencia: Pedro Vargas, M.D., F.A.A.P., M.S.P.P. / Email: pedrovargas174@gmail.com

Recibido: 29 de marzo de 2023

Aceptado: 29 de marzo de 2023

Publicado: 30 de abril de 2023

Palabras clave: códigos de ética, persecuciones, crímenes.

Keywords: codes of ethics, persecutions, crimes.

Aspectos bioéticos: El autor declaran no tener conflictos de interés asociados a este manuscrito .

Financiamiento: Los autores declaran no haber recibido financiamiento externo asociado a este trabajo.

Reproducción: Artículo de acceso libre para uso personal e individual. Sujeto a derechos de reproducción.

DOI: 10.37980/im.journal.rsp.20232171

Jurar y aceptar códigos de conducta, que no son otra cosa que códigos de ética, constituyen la entrada a la profesionalidad médica [1] como a la dedicación a la investigación. "Los profesionales de la Medicina tienen deberes, obligaciones, privilegios y un status protegido, pero también se rigen por los más altos estándares éticos", nos dice Phalen. El Colegio Médico de Panamá lo recuerda en su Código de Ética, cuando trae la frase de Rabelais, médico y filósofo del siglo XVI: "la ciencia sin conciencia es la ruina del alma", para resaltar lo "indispensable de una permanente reflexión ética que fortalezca la conciencia y nos recuerde el núcleo de vocación y servicio al prójimo".

Los humanos más tempranos ya practicaron especializaciones profesionales relacionadas con la salud, como lo revelan hallazgos arqueológicos y estudios antropológicos. Los primeros médicos en la historia, ambos nacidos en Egipto, Imhotep, varón y Merit Ptah, mujer, declararon juramentos a sus dioses, nos sigue relatando Robert F. Phalen, basados en varios atributos éticos: no mentir, no matar, no engañar.

Desde entonces, la medicina y la ciencia han crecido y los principios éticos que las guían han variado solo algo: autonomía y respeto por la persona, donde se enfatiza el derecho que tienen el paciente y el sujeto de la investigación a la información y a su participación en la decisión de cómo proceder; beneficencia, para actuar por el bienestar de pacientes como de los sujetos de investigación, vigilando que esto no se convierta en paternalismo, que socava el valor y respeto a la autonomía; no maledicencia, que reconocemos con la frase "primero no hacer daño", de la que hemos ampliado su significado: si algún daño ha de ocurrir, es necesario que su beneficio lo sobrepase; justicia, para recordar que las condiciones socioeconómicas de la persona no deben por qué modificar el cuidado de la atención médica y el respeto al sujeto de investigación; privacidad, que debe ser siempre protegida porque la relación médico paciente se enriquece en la confianza depositada entre el uno y el otro, mediante el carácter sensible y sagrado de la información confiada.

A pesar de los principios relevantes en los códigos, tal como deber, calificación, servicio, honestidad, integridad, confidencialidad, está siempre presente el riesgo de atentar contra la ética profesional. Los incumplimientos a ella, por desconocimiento o propósito indebido, "lapses de la virtud personal", crean gran desconfianza en el público, en la sociedad, y escándalo alcanza sin especificidad, los círculos médicos y científicos. El blanco contra la ciencia se concibe aquí, en este desencuentro.

El legado del escándalo parece nunca desvanecerse. Uno de los casos más nocivos de fraude científico, por ejemplo, es el del engaño propuesto y ejecutado por Andrew Wakefield con su publicación en la revista Lancet, en febrero de 1998, cuando relacionó el origen del trastorno generalizado del desarrollo, el autismo específicamente, con la hiperasplasia nodular linfoide del íleo, acreditada a la vacuna MMR (contra sarampión, papeleras y rubéola). Su registro médico en Inglaterra fue cancelado como producto de este fraude, que sus seguidores nunca mencionan, pero estamos otros para recordarlo.

Ya antes, el tribunal de Nuremberg definió crímenes contra la humanidad los experimentos salvajes y las atrocidades contra la vida y dignidad de los prisioneros del Tercer Reich, por parte de los médicos alemanes, en la era de Hitler. "¿Cómo médicos para curar se convirtieron en asesinos?", es la pregunta con mayor profundidad que se ha hecho la ética de la Medicina. Así lo señalan Annas y Grodin[2]. Aparte de sus condenas

basados en la violación a los principios que se constituirían en el Código de Nuremberg sobre los derechos en la experimentación con seres humanos -que regularía la investigación a partir de entonces- el juicio en el Palacio de Justicia de la ciudad alemana de Nuremberg se basó en la "Declaración de Moscú sobre las atrocidades alemanas". Los experimentos alemanes de inmersión en agua fría, deprivación de oxígeno y pruebas con vacunas que producían dolor incurable y la muerte fueron justificados por los acusados, como instrumentos para salvar la vida de soldados. Hoy, Moscú repite atrocidades contra las poblaciones civiles en Ucrania, en una guerra no justificada más que por conquistar, más allá de sus fronteras, para salvar lo que Putin señala su nacionalidad e historia. En suma, incoherencia y politización que contribuyen a afinar el blanco contra la medicina y la ciencia, cuyo poder induce el miedo necesario para obscurecer sus virtudes.

Hay otros escándalos infames en la investigación con humanos, que debemos conocer los médicos. El estudio del Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos se inició en 1932 con 400 hombres negros de Alabama, que fueron infectados con sífilis (el Estudio de sífilis de Tuskegee o "Estudio de Tuskegee"): unos "tratados con arsénico, bismuto y mercurio" y otros sin tratamiento, con el propósito insano de conocer si la evolución era modificada por el tratamiento o no. Los sujetos desconocían el estudio y sus riesgos.

Entre 1946 y 1948, para estudiar el tratamiento de enfermedades venéreas, el Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos infectó con sífilis, gonorrea y chancho a 1308 personas en Guatemala, entre prisioneros, soldados, prostitutas y pacientes con enfermedad mental. Incluso, las prostitutas infectadas fueron estimuladas para que infectaran otros varones. Solamente 678 sujetos de la investigación recibieron alguna forma de tratamiento. El propósito del estudio era conocer la eficacia del tratamiento temprano de estas enfermedades para proteger al personal militar norteamericano. Este estudio violaba varios de los principios de Nuremberg.

En 1955, en el estado de New York, estudios con síndrome Down en una escuela de niños fueron infectados con el virus de la hepatitis (El estudio de hepatitis de Willowbrook) y vacunados para reconocer su efectividad y seguridad en la preventión y severidad de la enfermedad. Esto permitió crear una vacuna eficaz contra la hepatitis, pero violó varios principios sobre la investigación con sujetos humanos, entre ellos, valerse de individuos vulnerables para crear poblaciones de estudio.

Así como la ciencia y los médicos que ejercen actividades de salud pública han cometido crímenes, así también se han cometido crímenes contra la ciencia y los científicos[3]. Los ataques se dirigen a los científicos o a las instituciones de ciencia y se hacen ya sea por sus posturas políticas o religiosas, o por su etnia o nacionalidad. La persecución a los científicos arreció por los grupos extremistas conservadores en los EEUU ahora durante la pandemia. Incluso tratan de extender sus amenazas de crear nuevos Nuremberg y hasta guillotinas y horcas públicas y para el público. Todo a la luz del día, el silencio de las autoridades y el regocijo de los espectadores.

Como lo señalan algunos académicos, la ciencia como la verdad constituyen ya por sí solos una amenaza para ciertos grupos de interés y de allí que la puntería para los ataques se concentre en hombres y mujeres de ciencia, como en sus instituciones. Ahora, la importancia de la ciencia, el pobre conocimiento o comprensión de ella, la desfiguración que de ella se ha concebido, el hecho de que ella opta por no defenderse, todo contribuye a la que la puntería se mantenga dirigida. Es necesario encontrar el lenguaje para hablarle al público sobre ciencia, qué es, qué busca, qué logra. Abril 2023

English Extract

Swearing and accepting codes of conduct, which are nothing more than codes of ethics, constitute the gateway to medical professionalism as well as dedication to research. "Medical professionals have duties, obligations, privileges and a protected status, but they are also governed by the highest ethical standards," Phalen tells us. The Panamanian Medical Association reminds us of this in its Code of Ethics, when it brings the phrase of Rabelais, physician and philosopher of the 16th century: "science without conscience is the ruin of the soul", to emphasize the "indispensability of a permanent ethical reflection that strengthens the conscience and reminds us of the core of vocation and service to others". The earliest humans already practiced professional specializations related to health, as revealed by archaeological findings and anthropological studies. The first physicians in history, both born in Egypt, Imhotep, male, and Merit Ptah, female, declared oaths to their gods, Robert F. Phalen continues, based on several ethical attributes: not to lie, not to kill, not to deceive.

Referencias

- [1] Professional Ethics (Ch 7) en: Robert F. Phalen's Core Ethics for Health Professionals. Principles, Issues, and Compliance. Springer International Publishing AG 2017. pp. 75-86.
- [2] The Nazi Doctors and The Nuremberg Code. Human rights in Human Experimentation. Ed: George J. Annas & Michael A. Grodin. Oxford University Press. 1992
- [3] Crimes Against Science, Scientists, and Health Professionals. (Ch 8). En: Robert F. Phalen: Core Ethics for Health Professionals. Principles, Issues, and Compliance. Springer International Publishing AG 2017. pp. 87-99.